

# LA CONQUISTA Y LA EVANGELIZACION SEGUN LOS VENCIDOS

Por Germán VAZQUEZ CHAMORRO  
Secretario General de la «Asociación  
Española de Nahuatlato»

## INTRODUCCION

Abordar un tema tan polémico como el que nos ocupa siempre resulta difícil para el investigador, pues —consciente o inconscientemente— puede caer en cualquiera de los dos peligros que presenta.

De un lado, la falta de originalidad, ya que la visión del indígena mexicano, del vencido, sobre la conquista militar y espiritual de la Nueva España ha sido estudiada exhaustivamente por diversos investigadores, que han elaborado obras clásicas (1).

Del otro, la exposición subjetiva. El historiador tiende —o debería tender— hacia el análisis objetivo, pero cuando se enfrenta con testimonios tan humanos, tan dramáticos como los que nos legaron los derrotados tenochcas (2), siente un sentimiento de simpatía y —hombre, al fin— manipula la realidad histórica sin tomar conciencia de ello. En otros casos, menos justificables, las creencias ideológicas o la nacionalidad del estudioso influyen de manera racional en la presentación de los hechos.

(1) Cf. M. León-Portilla, *Visión de los vencidos*, ed. Historia-16, Madrid, 1985, sobre la conquista, y M. León-Portilla, «La conquista espiritual: puntos de vista de los frailes y los indios», pp. 63-91, en M. León-Portilla: *Culturas en peligro*, Alianza editorial mexicana, México, 1976, y R. Ricard, *La conquista espiritual de México*, ed. Jus, México, 1949, sobre la evangelización.

(2) Mexica era el nombre que se daban a sí mismo los habitantes de Tenochtitlán. En el presente trabajo utilizaremos indistintamente los vocablos azteca, tenochca, mexica, mexicano y nahua.

Un ejemplo de la emotividad que los textos aztecas despiertan en el alma del lector nos lo ofrece el *Códice Ramírez*, un importante documento virreinal sobre las antigüedades novohispanas. Refiriéndose a la cruel matanza que el lugarteniente de Cortés, el rubio Alvarado, hizo en la nobleza mexicana, el anónimo cronista escribe:

«Estando los pobres muy descuidados, desarmados y sin recelos de guerra, movidos los españoles de no sé qué antojo (o como algunos dicen) por codicia, tomaron los soldados las puertas del patio donde bailaban los desdichados mexicanos, y entrando otros del mismo patio, comenzaron a alancear y herir cruelmente aquella pobre gente, y lo primero que hicieron fue cortar las manos y las cabezas de los tañedores, y luego comenzaron a cortar sin ninguna piedad en aquella pobre gente cabezas, piernas y brazos, y a desbarriagar sin temor de Dios, unos hendidas las cabezas, otros cortados por medio, otros atravesados y barrenados los costados; unos caían luego muertos, otros llevaban las tripas arrastrando huyendo hasta caer; los que acudían a las puertas para salir de allí los mataban los que guardaban las puertas /.../» (3).

Después de leer tan estremecedora descripción, ¿quién no se solidariza con el pueblo azteca, masacrado por unos extranjeros bárbaros? Sin embargo, esta visión dista mucho de la objetividad histórica. Nos permite captar una parte del problema; pero la otra cara permanece en las tinieblas. ¿Qué experimentaron los conquistadores castellanos durante el sangriento encuentro? No lo sabemos, pues, hoy por hoy, no se ha investigado lo que podríamos denominar «visión de los vencedores». Por supuesto, al parafrasear el feliz término acuñado por León-Portilla, no me refiero a la interpretación oficial que los historiógrafos de la Corona —Solís y Rivadeneyra, Herrera y Tordesillas, etc. (4)—, ni al gran debate teológico-filosófico de Juan Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de las Casas sobre el indígena amerindio (5); sino a los sentimientos y vivencia de los hombres que integraban la hueste cortesiana.

(3) *Códice Ramírez*, ed. Innovación, México, 1979, p. 114.

(4) Se ha señalado en repetidas ocasiones el carácter secundario de estas fuentes. Personalmente, creo que son obras de consulta obligada, pues, además de manejar informes hoy en día perdidos, tienen mentalidad histórica es decir, pretenden ser objetivas.

(5) La dura polémica que enfrentó al P. Las Casas con Sepúlveda culminó en una discusión pública, que tuvo lugar el año de 1550 en Valladolid. Los argumentos de los adversarios se publicaron un año después en una imprenta sevillana con el

Inmersos en un medio étnico y cultural radicalmente distinto al suyo, obsesionados por el miedo a una muerte cruel, ¿acaso no sintieron una angustia psíquica igual a la de sus adversarios? La respuesta sólo puede ser afirmativa. De hecho, basta con ojear cualquier *relación* de la Conquista para descubrir este aspecto del sangriento enfrentamiento de 1521.

«y estando el Sandoval y el Francisco de Lugo y Andrés de Tapia con Pedro de Alvarado contando cada uno lo que le había acaecido y lo que Cortés mandaba, tornó a sonar el atambor de Huichilobos y otros muchos *atabalejos*, y caracoles y cornetas y otras como trompas, y todo el sonido de ellas espantable y triste; y miramos *arriba* el alto cu, donde los tañían, y vimos que llevaban las gradas arriba a *rempujones* y *bofetadas* y *palos* a nuestros compañeros que habían tomado en la derrota que dieron a Cortés, que los llevaban a sacrificar; y de que ya los tenían en una placeta que se hacía en el adoratorio, donde estaban sus malditos ídolos, vimos que a muchos dellos les ponían plumajes en las cabezas, y con unos como aventadores les hacían bailar delante de Huichilobos, y *cuando* habían bailado, luego les ponían de espaldas encima de unas piedras que tenían hechas para sacrificar, y con unos navajones de pedernal les aserraban por los pechos y les sacaban los corazones bullendo, y se los ofrecían a sus ídolos que allí presentes tenían, y a los cuerpos dábanles con los pies por las gradas abajo; y estaban aguardando otros indios carniceros, que les cortaban brazos y pies, y las caras desollaban y las adobaban como cueros de guantes, y, con sus barbas, las guardaban para hacer fiestas con ellas cuando hacían borracheras, y se comían las carnes con chilmole; y desta manera sacrificaron a todos los demás, y les comieron piernas y brazos, y los corazones y sangre ofrecían a sus ídolos, como dicho tengo, y los cuerpos, que eran las barrigas e tripas, echaban a los leones y tigres y sierpes y culebras que tenían

---

título: *Aquí se contiene una disputa o controversia entre el Obispo Fray Bartholomé de las Casas ... y el doctor Ginés de Sepúlveda ... la qual quaestio se vertió y disputó en presencia de muchos letrados y theólogos i juristas en una congregación que mandó su magestad juntar en el año de mil quinientos y cincuenta en la Villa de Valladolid.*

La obra comprende tres partes: un sumario de la controversia redactado por Domingo Soto; doce objeciones hechas por Sepúlveda; y las réplicas de Las Casas.

Una edición facsímil de la obra fue publicada por la Facultad de Filosofía y Letras de la universidad bonaerense en el tomo III de la «Biblioteca Argentina de Libros Raros Americanos» (Buenos Aires, 1924).

en la casa de las alimañas /.../ Pues desde aquellas crueldades vimos todos los de nuestro real y Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval y todos los demás capitanes: ¡miren los curiosos lectores que esto leyeren, qué lástima tendríamos dellos. Y decíamos entre nosotros: «Oh gracias a Dios, que no mellevaron a mí hoy a sacrificar!». Y también tengan atención que no estábamos lejos dellos y no les podíamos remediar, y antes rogábamos a Dios que *fuese servido de* nos guardar de tan cruelísima muerte» (6).

Francamente, resulta imposible determinar cuál de los dos textos presenta mayor dramatismo. Si el documento indiano describe con vigorosos trazos naturalistas la cruel degollina efectuada por Alvarado, el párrafo bernaldiano, mucho más intimista, recoge la tensión psicológica que atenazaba al advenedizo *teul* (7).

Algo idéntico sucede cuando se profundiza en la otra gran derrota de los pueblos del *Anahuac*, la espiritual. Menos violenta que la militar, tal vez la supera en patetismo.

---

(6) B. Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1975, pp. 86-87.

(7) Por lo que yo sé, ningún investigador se ha interesado por ahondar en la psiquis del conquistador. Se da por supuesto —y ello no deja de ser un tópico— que aquellos audaces hombres estaban hechos de una pasta más dura que la nuestra. Sin embargo, las crónicas señalan que muchos españoles desarrollaron conductas patológicas —que un psiquiatra diagnosticaría como psicosis de guerra— en el transcurso de la acción colonizadora.

Un claro ejemplo se encuentra en la *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, obra del antiguo conquistador Francisco de Aguilar, donde se lee lo siguiente en una nota al margen:

«Aconteció que un soldado estaba retraído en la iglesia que teníamos por cierta travesura que había hecho, el cual allí a la media noche salió huyendo de la iglesia y dando voces que había visto andar saltando por la Iglesia hombres muertos y cabezas de hombre, y entre ellas la suya. Lo mismo/pasó con/ las velas /centinelas nocturnas/ que velaban /que/ habían venido huyendo, a decir que habían visto caer en la acequia piernas y cabezas de hombres muertos /.../ Cosa de espantar. Digo, que los que velaban en las azoteas, a las esquinas, veían patonas /fantasmas con grandes patas?/ dejarse caer en la acequia de agua» (F. de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, U.N.A.M., México, 1977, p. 89, nota 9).

La violenta experiencia americana marcó tan profundamente a los supervivientes de la empresa cortesiana que algunos padecieron alteraciones mentales durante largo tiempo. El caso más interesante quizá sea el del capitán Alonso de Avila, quien, acabada la conquista, convivió un año «con una fantasma que de noche se le echaba en su cama» (F. Cervantes de Salazar, *Crónica de la Nueva España*, ed. Atlas, Madrid, 1971, t. II, p. 246).

En el curso de una discusión que mantuvieron los *tlamatinime* o sabios mexicanos con los intransigentes misioneros seráficos, la impotencia y el hundimiento moral del grupo mexicana es patente. Dicen los *tlamatinime*:

«Oíd señores nuestros,  
no hagais algo  
a vuestro pueblo  
que le acarree la desgracia,  
que lo haga perecer.

Aquí están  
los señores, los que gobiernan,  
los que llevan, tienen a su cargo  
el mundo entero.

Tranquila y amistosamente  
considerar, señores nuestros,  
lo que es necesario.

Si en el mismo lugar  
permanecemos,  
sólo seremos prisioneros.  
Haced con nosotros lo que queráis.

No podemos estar tranquilos,  
y ciertamente no creemos aún,  
no lo tomamos por verdad,  
(aún cuando) os ofendemos.

Es todo lo que respondemos,  
lo que contestamos,  
a vuestro aliento,  
a vuestra palabra,  
¡Oh, Señores Nuestros!» (8).

Sin embargo, el vencedor del combate espiritual, el fraile misionero no escapa al pesimismo del vencido, tan drásticamente expuesto en la frase «haced con nosotros lo que queráis». Sufre, se desespera y clama impotente al ver que el edificio en que basaba sus más íntimas y secretas esperanzas, planeado con tan exquisito cuidado, se desmoronaba ante la agresiva política del «Rey Prudente» (9). Así, fray Jerónimo de Mendieta, un franciscano imbuido de las ideas milenaristas y apocalípticas de Joaquín de Fiore, relata con tristeza el auge y caída de la Jerusalén Novohispana en su censurada *Historia eclesiástica indiana*. Veamos un fragmento revelador:

«En lo eclesiástico, de santos obispos (como lo fueron todos los primeros en cada obispado, semejantes a los de la primitiva iglesia) y en lo secular o temporal de muy piado-

(8) *Libro de los coloquios*, en M. León-Portilla, *La filosofía nahuatl estudiada en sus fuentes*, U.N.A.M., México, 1979, pp. 132-133.

(9) La actuación de los franciscanos en la Nueva España giraba en torno a un ambicioso proyecto de matiz teológico-político. Los menores aspiraban a erigir una república indiana de carácter teocrático, vinculada nominalmente al reino de Castilla por un virrey; pero controlada por los padres seráficos *de facto*. Sobre los planteamientos franciscanos, cf. J. A. Maravall, «La utopía político-religiosa de los franciscanos en Nueva España», *Revista de Estudios Americanos*, núm. 2, 1949.

sos y cristianos gobernadores, padres verdaderos de los indios y de toda la república, cuales fueron (después de D. Fernando Cortés, marqués del Valle), el benemérito obispo de Cuenca D. Sebastián Ramírez de Fuenleal, y D. Antonio de Mendoza, y D. Luis de Velasco, el viejo, en cuya muerte comenzó a caer de su estado el tiempo dorado y flor de la Nueva España, y a derrumbarse la cerca o albarrada, que juntamente con haber proveído tan fieles guardas como las que se han nombrado, levantó y edificó el invectísimo y felicísimo emperador Carlos V para defensa, amparo y guarda de esta viña del señor, con las santísimas leyes, cédulas y mandatos que para este fin ordenó, sabiendo cuán rodeada tenían esta viña multitud de fieras y animalías de rapiña con demasiada ansia de aprovecharse de ella y devastalla y destruilla, como de otras poco antes habían hecho. Y así fue que abierto un portillo de esta cerca con la llegada de un visitador (Valderrama) que venía a acrecentar tributos y a apellidar dinero y más dinero, entró tan de rota batida por la viña delante el puerto montés y la bestia fiera de la desenfrenada codicia, que creciendo en un aumento más y más de cada día, de tal manera ha ido cundiendo y enseñoreándose de la viña, que derrocada la cerca y dado lugar para que entre todo género de animales nocivos a parcela, no sólo los frutos de su cristiandad y los pámpanos de la temporal prosperidad se han desaparecido cuasi del todo, más aún las mismas cepas (las pocas que han quedado) están ya enfermas, como resequidas y cocosas, estériles y sin provecho, y la viña vuelta un eriazó, bosque o matorral, a la manera que Judas Macabeo y sus compañeros hallaron el monte Sión y santa ciudad de Jerusalén profanada de los gentiles y cubiertos de ceniza, rompiendo sus vestiduras y postrados sobre la tierra hicieron gran llanto sobre ella, como nosotros (según razón) lo deberíamos hacer» (10).

Podría continuar citando cronistas castellanos y mexicanos; pero me parece suficiente lo arriba transcrito —extenso de por sí— para dar por sentado que la cara humana del conquistador español —eclesiástico o laico— existe y se encuentra con relativa facilidad, si se busca, claro está.

Por supuesto, la oración no presenta dificultad alguna para volverse de activa en pasiva. Los habitantes de Tenochtitlán, vic-

(10) J. de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana*, ed. Salvador Chavez Hayhoe, México, 1945, t. III, pp. 222-223. *Cursivas mías.*

timas de una injustificable agresión, ¿no eran, a su vez, tan bárbaros como los barbudos españoles?

Basta con ojear el extenso trabajo del P. Sahagún —quien, recordémoslo, basó su informe en los estudios de los nativos— para que el lector poco curtido en la historiografía novohispana me de la razón. Refiriéndose a los sacrificios que se efectuaban en honor de Xiuhtecuhtli, dios del fuego, el religioso minorita escribe:

«/.../ descendían los que habían de echar en el fuego y empolvorizábanlos con incienso las caras, arrojándoselo a puñados, el cual traían molido en unas talegas;

Luego los tomaban y atábanlos las manos atrás, y también los ataban los pies, luego los echaban sobre los hombros a cuestras y subíanlos arriba a lo alto del *cu*, donde estaba un gran fuego y gran montón de brasas, y llegados arriba luego daban con ellos en el fuego; al tiempo que los arrojaban alzábase un gran polvo de ceniza, y cada uno donde caía allí se hacía un grande hoyo en el fuego, porque todo era brasa y rescoldo, y allí en el fuego comenzaba a dar vuelcos y a hacer bascas (arcadas) el triste del cautivo; comenzaba a rechinar el cuerpo como cuando asan algún animal, y levantábanse vejigas por todas partes del cuerpo; y estando en esta agonía sacábanle con unos garabatos (garfios), arrastrando, los sátrapas que llaman *quaquacuilitin*, y poníanle encima del tajón que se llama *téhcacatl*, y luego le abrían los pechos de tetilla a tetilla, o un poco más abajo, y luego le sacaban el corazón y le arrojaban a los pies de la estatua de *Xiuhtecuhtli*, dios del fuego» (11).

Y sin embargo, quien tildara de salvajes a los mexicanos comería un craso error e incluiría en un burdo etnocentrismo, ya que el sacrificio humano —que, por supuesto, no es patrimonio exclusivo del pueblo azteca (12)— responde a complejos factores ideológicos, sociales y económicos, que lo convierten en un mecanismo básico para la supervivencia de determinadas sociedades.

Creo que este largo exordio ha dejado de manifiesto que carece de sentido enfocar la versión de los vencidos desde una óptica humanitaria y melodramática.

(11) B. de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, ed. Porrúa, México, 1975, p. 130.

(12) Cf. N. Davies, *El sacrificio humano*, ed. Grijalbo, Barcelona, 1983.

No encierra excesivas complicaciones para el mexicanista seleccionar los fragmentos más representativos de las crónicas, ordenarlos siguiendo el esquema típico e incluir una diatriba lascaiana a modo de introducción (13).

Ahora bien, cualquier artículo, opúsculo o libro así pergeñado, aunque satisfaga al lector medio, no recibirá la aceptación del especialista, dado que un trabajo de semejantes características siempre estará marcado por la arbitrariedad y el subjetivismo del autor.

Para evitar mal entendidos añadiré que no sólo considero aconsejable, sino imprescindible un estudio antológico sobre lo que podríamos denominar *visión humana del vencido*. Pero conviene señalar que dicha recopilación fue elaborada hace más de dos décadas por el académico mexicano Miguel León-Portilla.

La diferencia fundamental entre León-Portilla y sus epígonos reside tanto en la objetividad del autor mexicano —los textos, pese a su crudeza, no se ordenan en función del antimalinchismo que domina la historiografía moderna—, como en su buen hacer, caracterizado por la armoniosa fusión de erudición científica y excelente literatura.

La pregunta obligada sería, ¿puede elaborarse una versión indiana de la Conquista distinta de la usual? En mi opinión, ello resulta factible si se prescinde de la tópica postura proazteca —más emotiva que científica (14)— y se aborda el problema desde nuevas perspectivas. Este planteo implica un profundo conocimiento del complejo panorama político del México central precortesiano, una minuciosa crítica de fuentes, y, *last but not least*, un enfoque sociológico que, al hacer hincapié en la dualidad visión oficial/visión real, supere la miope interpretación idealista del conflicto de 1521.

---

(13) *Vid.*, por ejemplo, las «Palabras iniciales» del libro de Josefina Oliva de Coll, *La resistencia indígena ante la conquista, Siglo XXI*, México 1980, pp. 4-13.

(14) Recientemente ha surgido en los círculos intelectuales hispánicos una actitud revisionista y crítica sobre la acción de España en Indias. Un representante prototípico de la citada tendencia sería el aztequista catalán J. Gussinyer, quien no duda en escribir que el belicoso Cuauhtemoc «era partidario de buscar un entendimiento con los invasores» (J. Gussinyer, *Los aztecas. Un pueblo de guerreros*, Publicacions i edicions de la Universitat de Barcelona, Barcelona, 1984, p. 136). La tergiversación histórica clama al cielo, porque, como cualquier estudioso sabe, el joven señor de Iztapalapan encabezaba la facción anticastellana de Tenochtitlán.

Respecto al reverso del enfrentamiento espiritual, las investigaciones deberían seguir las mismas directrices, es decir, el objetivo sería desentrañar la versión popular, puesto que la interpretación formal ha sido recopilada por el ya citado León-Portilla. La obra no ha gozado de la popularidad de su gemela, aunque, a mi entender, la supera en dramatismo y profundidad intelectual.

## I. LA VERSION DE LOS VENCIDOS: LA CONQUISTA MILITAR

### *Reflexiones sobre los testimonios aztecas referidos a la Conquista*

Uno de los principales campos de actuación de los misioneros franciscanos en la Nueva España fue, sin duda alguna, el educativo. El deseo de proporcionar una formación universitaria europea a los hijos de los *pipiltin* o nobles aztecas respondía a intereses político-espirituales muy concretos, que hacían peligrar los cimientos del dominio hispano en los vastos territorios conquistados por Hernán Cortés (15).

El ambicioso proyecto tropezó, lógicamente, con la oposición de la Corona y el principal centro educativo seráfico —el Imperial Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco (16)— tuvo que cerrar sus puertas. Por fortuna, el esfuerzo no se perdió del todo, pues en las aulas del colegio se formó un gran plantel de historiadores, que dedicaron su existencia a narrar las glorias del pasado prehispánico y, cómo no, los desastres de la Conquista. Gracias a los alumnos de Santa Cruz y a otros muchos indígenas, mestizos y criollos nahuatlizados —cuya enumeración resultaría prolija— disponemos de una abundante información sobre los sentimientos, vivencias y pensamientos que la empresa cortesiana despertó en el alma aborigen (17).

(15) Se ha señalado que la política didáctica de los frailes menores pretendía sentar las bases de un futuro clero nativo; pero tal opinión no se sostiene, ya que la iglesia prohibía la Ordenación de los conversos hasta la quinta generación. En mi opinión, los padres seráficos deseaban crear un cuerpo de funcionarios nativos que cubriera las necesidades administrativas de su utópica república indiana (G. Vázquez, «Introducción», pp. 7-46, en F. de Alva Ixtlilxochitl, *Historia de la nación chichimeca*, ed. Historia-16, Madrid, 1985, p. 18). *Vid.* la nota 9.

(16) Sobre el Imperial Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, *vid.* G. Vázquez, *op. cit.* (15), pp. 15-18.

(17) Respecto a los cronistas nativos y mestizos, estudiaran o no en el Imperial Colegio, *vid.* M. Carrera, «Historiadores indígenas y mestizos novohispanos», *Revista Española de Antropología Americana*, vol. 6, 1971.

Antes de seguir adelante, interesa consignar un dato que, en mi opinión, no tiene paralelo en la historia mundial. En 1528, siete años antes de la fundación del colegio seráfico, un azteca adulto, dando muestras de un admirable afán de conocimiento, logró aprender los signos que empleaban los invasores para comunicarse (18) y, valiéndose de ellos, redactó en lengua *nahuatl* el primer testimonio nativo que conservamos sobre el enfrentamiento de 1519-1521. Uno de los párrafos del documento reza así:

«En los caminos yacen dardos rotos,  
los cabellos están esparcidos.

Destechadas están las casas,  
enrojecidos tienen sus muros.

Gusanos pululan por calles y plazas,  
y en las paredes están salpicados los sesos.

Rojas están las aguas, están como teñidos,  
y cuando las bebimos, es como si bebiéramos agua de salitre.

Golpeábamos, en tanto, los muros de adobe,  
y era nuestra herencia una red de agujeros.

Con los escudos fue su resguardo,  
pero ni con escudos puede ser sostenida su soledad.

Hemos comido palos de colorín (eritrina),  
hemos masticado grana salitrosa,  
pedras de adobe, lagartijas, ratones, tierra en polvo, gusanos.

Comimos la carne apenas,  
sobre el fuego estaba puesta,  
Cuando estaba cocida la carne,  
de allí la arrebataban,  
en el fuego mismo, la comían.

Se nos puso precio.  
Precio del joven, del sacerdote,  
del niño y de la doncella.

---

(18) Poco después de la rendición de Tenochtitlán, fray Pedro de Gante, primo del emperador Carlos, fundó una escuela en Tetzcocho para enseñar las primeras letras a los infantes mexicanos. En 1525, el establecimiento se trasladó a la reconstruida ciudad de México.

Basta: de un pobre era el precio  
sólo dos puñados de maíz,  
sólo dos tortas de mosco;  
sólo era nuestro precio  
veinte tortas de grama salitrosa.

Oro, jades, mantas finas,  
plumajes de quetzal,  
todo eso que es precioso,  
en nada fue estimado...» (19).

Por las mismas fechas, un recopilador anónimo puso por escrito un *icnocuicatl* («canto triste») que se transmitía oralmente desde 1523, fecha probable de su composición. El poema relata con dramatismo la forma en que se perdió la nación mexicana:

El llanto se extiende, las lágrimas gotean allí en Tlatelolco.

Por agua se fueron ya los mexicanos;  
semejaban mujeres; la huida es general.

¿A dónde vamos? ¡Oh amigos! Luego, ¿fue verdad?  
Ya abandonan la ciudad de México;  
el humo se está levantando; la niebla se está extendiendo...

Con llanto se saludan el Huitznahuácatl Motelhuihtzin, el  
Tlailotlácatl Tlacotzin,  
el Tlacatecuhtli Oquihtzin...

Llorad, amigos míos,  
tened entendido que con estos hechos  
hemos perdido la nación mexicana» (20).

Tanto la *Relación de Tlatelolco* como el *icnocuicatl* recogen la visión de la nobleza tenochca, muy diferente, como veremos, de la interpretación popular. Ahora bien, la versión azteca de la Conquista, tal y como la reflejan los textos de procedencia mexicana (21), no concuerdan con las opiniones expuestas en otras crónicas nahuas.

(19) *Relato de la conquista por un autor anónimo de Tlatelolco*, pp. 811-822, en Bernardino de Sahagún; *op. cit.* (11), pp. 818-819.

(20) *Cantares mexicanos*, versión castellana de A. M.<sup>a</sup> Garibay, en M. León-Portilla, *El reverso de la conquista. Relaciones aztecas, mayas e incas*, ed. Joaquín Mortiz, México, 1964, p. 62.

(21) Se conservan diversas relaciones aztecas, algunas pictográficas, sobre la conquista. Una información detallada sobre las mismas se encuentra en M. León-Portilla, *op. cit.* (1), pp. 28-32.

La razón de esta pluralidad informativa debe buscarse en la compleja geopolítica del México central precolombino. En 1519, los aztecas de México-Tenochtitlan controlaban una gran parte de la actual república mexicana; pero su dominio distaba mucho del despotismo centralista que caracterizó a los grandes imperios antiguos.

Por un lado, los *tlatoque tenochcas* compartían el imperio con otros dos Estados del Valle de México, los señoríos de Tetzcoco y Tlacopan. Este gobierno tripartito se mantuvo hasta que el último señor de Tenochtitlan, el infausto Motecuhzoma, inició una política centralista (22). Por el otro, la estructura administrativa adoptada por la confederación propiciaba la autonomía de los Estados tributarios, ya que los ejércitos de la Triple Alianza se limitaban a exigir un fuerte tributo a los vencidos, respetando, salvo raras excepciones, la autonomía de los gobernantes autótonos. No obstante, los señores sometidos siempre estaban dispuestos a alzarse contra los tiránicos aztecas, que extraían sus recursos económicos sin consideración alguna. Gracias a lo expuesto, Cortés escribió en sus *Cartas de relación*:

«/.../ ellos (se refiere a los totonacas de Veracruz) eran súbditos de aquel señor Mutezcuma, y según fui informado, lo eran por fuerza y de poco tiempo acá, y como por mí tuvieron noticia de vuestra alteza y de su muy real y gran poder, dijeron que querían ser vasallos de vuestra majestad y mis amigos, y que me rogaban que los defendiese de aquel gran señor, que los tenía por fuerza y tiranía y que les tomaba sus hijos para los matar y sacrificar a sus ídolos, y me dijeron otras muchas quejas dél» (23).

Para complicar la situación, existían diferentes Estados independientes, política y económicamente, del imperio azteca (24). El más representativo sería, sin duda alguna, la «república de Tlaxcallan», como denominaron los castellanos al señorío que controlaba el valle de Puebla-Tlaxcala.

---

(22) Sobre el imperialismo mexica y las medidas de Motecuhzoma II, cf. P. Armilla, «The way of the Empire: The Aztecs», en *The Indian Background of Latin American History*, Alfred A. Kopf, New York, 1970; y G. Vázquez, «Las reformas socio-económicas de Motecuhzoma II», *Revista Española de Antropología Americana*, vol. XI, 1981.

(23) H. Cortés, *Cartas de relación*, Espasa Calpe, Madrid 1979 p. 34.

(24) N. Davies, *Los señoríos independientes del imperio azteca*, U.N.A.M., México, 1968.

De lo expuesto se desprende que no existe una versión única de la Conquista, sino variantes regionales que responden a los intereses de las partes en conflicto (25). Un ejemplo significativo nos lo ofrece el anónimo cronista tlatelolca, quien critica la cobardía de Tenochtitlan, la ciudad hermana (26):

«Y todo el tiempo que estuvimos combatiendo, en ninguna parte se dejó ver el *tenochca*; en todos los caminos de aquí /.../, en todas estas partes fue obra exclusiva nuestra, se hizo por los *tlatelolcas*. De igual modo, los canales, también fue obra exclusiva.

Ahora bien, los capitanes *tenochcas* allí (en su refugio de *Tlatelolco*), se cortaron el cabello, y los de menor grado, también allí se lo cortaron, y los *cuachiques*, y los *otomíes*, de grado militar, que suelen traer puesto su casco de plumas, ya no se vieron en esta forma, durante todo el tiempo que estuvimos combatiendo.

Por su parte, los de *Tlatelolco* rodearon a los principales de aquellos y sus mujeres todas los llenaron de oprobio y los apenaron diciéndoles:

—¿No más estáis parados...? ¿No os da vergüenza? ¡No habrá mujer que en tiempo alguno se pinte la cara para vosotros!

Y las mujeres de ellos andaban llorando y pidiendo favor en *Tlatelolco*» (27).

Si tenemos en cuenta lo arriba escrito, tres conclusiones se hacen evidentes.

1.º Desde el punto de vista histórico, sólo los orgullosos habitantes de Tenochtitlan sintieron la humillación de la derrota, ya que fueron los únicos que cruzaron sus armas con las de los barbados extranjeros.

(25) Versión tlaxcalteca: D. Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala*, ed. Innovación, México, 1982; versión tenochca-tlatelolca, B. de Sahagún, *op. cit.* (11); versión tetzcocana: F. de Alva Ixtlilxochitl, *Historia de la nación chichimeca*, ed. Historia-16, Madrid, 1985.

(26) La gran metrópoli azteca comprendía dos aglomeraciones urbanas: Tenochtitlán y Tlatelolco. Durante varias décadas, Tlatelolco, fundado por disidentes de Tenochtitlán, mantuvo su independencia hasta que fue anexionado por sus belicosos hermanos. Los tlatelolcas, lógicamente, siempre recordaron la forzada incorporación.

(27) Anónimo de *Tlatelolco*, *op. cit.* (19) p. 817.

2.º Según se desprende del análisis de las crónicas indígenas, éstas ofrecen una versión partidista y manipulada del enfrentamiento hispano-azteca. ¿Quién se atreverá a sostener la imparcialidad del anónimo escritor tlatelolca cuando no duda en vituperar a sus propios conmlitones? En una fecha tan temprana como el último tercio del siglo XVI, un autor tan poco sospechoso de hispanofilia como el P. Sahagún se vio obligado a revisar el relato que sus informantes aztecas le dieron de los acontecimientos de 1521. La versión de 1585 mostraba una mayor objetividad que la de 1576 (28); pero, cosa curiosa, añadía la ilógica acusación de que el futuro marqués del Valle mandó asesinar a Motecuhzoma, un tópico común a las diferentes relaciones mexicanas (29).

3.º Aunque las fuentes de nacionalidad tenochca tienen un indiscutible valor humano y literario, la descripción que nos dan de los dramáticos sucesos ha sido minuciosamente elaborada y sometida a una fuerte censura. Los textos aztecas anotan con detalle el desarrollo del conflicto, hacen hincapié en las angustias de los sitiados y tildan a sus adversarios de *popolocas* o bárbaros, mas callan a la hora de exponer las causas de la derrota.

Por el contrario, las crónicas de filiación no tenochca proporcionan una rica información sobre los factores que contribuyeron a la

(28) Cf. H. Cline, «Notas sobre la historia de la Conquista del P. Sahagún», en B. García, V. Lerner, et. al.: *Homenaje a José Miranda* el Colegio de México, México, 1970.

(29) La muerte de Moctezuma ha sido polemizada por las partes contendientes. El infortunado *tlatoani*, presionado por Cortés, se dirigió a sus compatriotas en un desesperado esfuerzo por calmar las iras que el lugarteniente del futuro marqués del Valle había despertado en la población de Tenochtitlán. Un silencio sepulcral acompañó el discurso de Moctezuma, mas cuando éste dejó de hablar, la respuesta distó mucho de agradar al «Emperador del mundo»:

«Calla, bellaco, cuilón, afeminado, nascido para texer e hilar y no para Rey e seguir la guerra; estos perros cristianos que tu tanto amas te tienen preso como a mascegal, y eres una gallina; no es posible sino que éstos se echan contigo y te tienen por su manceba» (F. Cervantes de Salazar, *op. cit.* (7), t. II, p. 48).

Una lluvia de flechas, dardos y piedras siguió al insultante parlamento, recibiendo el *tlacatecuhtli* heridas mortales.

A partir de ese punto, las versiones española e indígena discrepan, pues la primera afirma que Moctezuma murió de resultas de las contusiones, mientras que las segundas acusan a los castellanos de regicidio. Según los tenochcas, el *tlatoani* fue apuñalado a traición, aprovechándose los verdugos de la confusión de la batalla (F. de Alva Ixtlilxochitl, *Decimotercia relación. De la venida de los españoles, y principio de la ley evangélica*, pp. 450-517, en F. de Alva Ixtlilxochitl: *Obras históricas*, U.N.A.M., México, 1957-77, t. I, p. 454.

El cronista Antonio de Solís ya notó las contradicciones en que incurre la versión mexicana. En su historia, el historiador, después de señalar que los mexicas pudieron falsear la realidad para «concitar el odio contra los españoles o borrar

caída de Tenochtitlan. Asimismo, recogen datos aislados que, una vez unidos, forman una cadena difícil de romper. Estos detalles, que el hombre contemporáneo calificaría de anecdóticos, se encuentran también en las crónicas de los conquistadores.

### *¿Quién conquistó México-Tenochtitlan?*

Mucho se ha escrito sobre los agentes que determinaron la rota de la gran metrópoli mexicana. Algunos autores ofrecen interpretaciones idealistas —la identificación del capitán extremeño con Ce-Acatl Topiltzin Quetzalcoatl es la más conocida—; otros, por el contrario, remiten a factores tecnológicos.

Dejando a un lado la explicación idealista, que cae por su propio peso, los planteos materialistas merecen que les dediquemos unas líneas, pues pueden esgrimirse en contra de mi hipótesis.

Aunque se ha señalado que los grandes fracasos de las tropas mexicanas respondieron a la desigual tecnología militar, en mi opinión ello no me parece decisivo. La caballería carecía de efectividad en una ciudad lacustre como Tenochtitlan. Durante el sitio de Tenochtitlan, la inoperancia de los jinetes se pondría más de una vez de manifiesto.

---

la infamia de su nación» (A. de Solís y Ribadeneyra, *Historia de la conquista, población y progresos de la América Septentrional conocida por el nombre de Nueva España*, Espasa Calpe, Madrid, 1970, p. 289), rechaza la acusación por ilógica:

«¿Cómo era posible que un hombre tan atento y tan avisado como Hernán Cortés, cuando tenía sobre sí todas las armas de aquel imperio, se quisiese deshacer de una prenda en que consistía su mayor seguridad? ¿O qué disposición le daba la muerte de un rey amigo y sujeto para la conquista de un reino levantado y enemigo?» (*loc. cit.*).

Las cautas sospechas de Solís —un historiador profesional, recordémoslo— se confirman si se analizan con minuciosidad los textos nahuas. Si los aztecas, como parece dar a entender la visión mexicana, respetaban a su señor, ¿por qué el cadáver del infausto Moctezuma, a semejanza del de Paganini, sufrió persecución?

«Habiendo muerto (Motecuhzoma) —escribe un azteca anónimo— luego vino a cargarle uno de nombre Apanecatl. Luego le llevó allí, a Huitzilian, pero le corrieron de allí. Entonces le llevó allí, a Necatitlán; allí mismo le flecharon. Entonces le llevó a Tecpantzinco, no más le corrieron. Otra vez le llevó a Acatliyacapan. Enseñada le recibieron. Dijo Apanecatl:

—Señores nuestros, es molesto Moctezuma. ¿Acaso he de seguir cargándole?

Luego, dijeron los nobles:

—Recíbanle.

Luego le tomaron a su cargo los mayordomos, luego le quemaron» (*Códice Aubin*, ed. José Porrúa Turanzas, Madrid, 1963, p. 58).

«La Venecia americana iba a ser una trampa mortal. Los bellos edificios aterrazados, los grandes canales y las estrechas calles facilitaban la defensa y reducían los demoletores efectos de la caballería cortesiana» (30).

Por otra parte, los aztecas pronto aprendieron las técnicas necesarias para controlar las cargas montadas.

Respecto a las armas de fuego, éstas carecían de efectividad una vez que los indios superaron el pánico inicial. Igual puede decirse del uso del hierro. ¿Qué era más efectivo el *ichcaupilli* de algodón o la coraza de fierro? ¿superaba, acaso, la espada toledana al *macahuítl* de cortante obsidiana? Un participante de la conquista, Francisco de Aguilar, nos da la respuesta. Cuando los soldados cortesianos marcharon contra Narváez, sus implementos militares tenían más de azteca que de español:

«Partimos /.../ de México armados todos con unas armas de algodón; armados llevábamos todos unas picas largas tostadas, que había soldado que pasaba una pared de adobes de parte a parte, todos a pie /.../» (31).

El pintoresco suceso del trabuco corrobora lo expuesto. El propio Cortés escribe en sus *Cartas de relación*:

«Como teníamos muy poca pólvora, habíamos puesto en plática más había de quince días, de hacer un trabuco; y aunque no había maestros que supiesen hacerle, unos carpinteros se profirieron de hacer salir con esta obra, consentí que lo siguiesen; y en aquellos días que teníamos tan arrinconados los indios acabóse de hacer, y llevóse a la plaza del mercado para lo asentar en uno como teatro que está en medio della, fecho de cal y canto, cuadrado, de altura de dos estados y medio, y de esquina a esquina habrá treinta paso; el cual tenían ellos para cuando hacían algunas fiestas y juegos, que los representantes dellos se ponían allí porque toda gente del mercado /.../ pudiesen ver lo que se hacía; y traído allí, tardaron en lo asentar tres o cuatro días; y los indios nuestros amigos amenazaban con él a los de la ciudad, diciéndoles que con aquel ingenio los habíamos de matar a todos. Y aunque otro fruto no hiciera, como

(30) G. Vázquez, «La conquista del imperio azteca y Hernán Cortés», *Historia-16*, número 110, 1985, pp. 116-117.

(31) F. de Aguilar, *op. cit.* (7), p. 84.

no hizo, sino el temor que con él se ponía, por el cual pensábamos que los enemigos se dieran, era harto; y lo uno y lo otro cesó, porque ni los carpinteros salieron con su intención, ni los de la ciudad, aunque tenían gran temor, movieron ningún partido para se dar, y la falta y defecto del trabuco disimulámosla con que, movidos de compasión, no los queríamos acabar de matar» (32).

Por supuesto, factor decisivo fue la mentalidad bélica de los contendientes. Los españoles aspiraban a matar al rival; los mexicanos a su captura. Sin embargo, dada la superioridad numérica de los indígenas mexicanos, el castellano, aunque dejase fuera de combate a varios guerreros enemigos, terminaría por ser cautivado.

La única explicación lógica debe buscarse en un elemento minusvalorado por la crítica moderna. Me refiero a los grandes contingentes nativos que combatieron junto a la pequeña hueste cortesiana. Cuando se habla de los aliados mexicanos de Cortés siempre se piensa en los aguerridos tlaxcaltecas; pero a ellos deben sumarse las tropas proporcionadas por los señoríos del valle, cuyos gobernantes, por otra parte, suministraron la infraestructura necesaria. Así, la zona de Chalco, el granero de la cuenta de México, abrió sus trojes a las hambrientas tropas hispano-mexicanas. Tetzcoco jugó un papel decisivo, pues el *tlatoani* del lugar hizo posible la botadura de los bergantines, pieza clave de la guerra, puesto que, como he señalado en otro lugar, «la marcha por las calzadas hacia México, la ciudad isleña, sólo tendría éxito si los flancos hispanos estaban protegidos de las canoas indígenas» (33). El cronista tetzcocano Alva Ixtlilxochitl nos informa sobre la magnitud de la obra con las siguientes palabras:

«y se comenzaron a aderezar y armar los bergantines y para poderlos sentar en la laguna, por traza y obra de Cortés, mandó hacer Ixtlilxóchitl una zanja profunda que tenía más de media legua de longitud, con la profundidad necesaria, que corría desde dentro de los jardines y palacios del rey Nezahualcoyotzin su abuelo, hasta dentro de la laguna y para esta obra mandó, que en cincuenta días que duró trabajasen un xiquipil, que son ocho mil hombres cada día y que éstos fuesen hombres suficientes para la milicia, que fue un tanteo sólo por ver qué cantidad de gente podía poner en campaña /.../» (34).

(32) H. Cortés, *op. cit.* (23), p. 175.

(33) G. Vázquez, *op. cit.* (30), p. 116.

(34) Alva Ixtlilxochitl, *op. cit.* (25), p. 275.

No resulta extraño, pues, que otro autor tetzcocano, henchido de orgullo patrio, reclamara para el antiguo señorío acolhua los lares de la victoria. Escribe el anónimo autor:

«y en su ausencia algunos tlaxcaltecas, por algún odio antiguo, pusieron fuego a los palacios del rey *Netzahualpitzintli*, lo cual visto por los vecinos, se comenzaron a huir a los montes y a la laguna, y visto por *don Carlos* se lo dijo a *Cortés* y fueron a matar el fuego con algunos principales /.../ y viniendo *don Fernando* (Ixtlilxochitl) y sabiendo lo que pasaba, quiso castigar a los *Tlaxcaltecas*, mas *Cortés* rogó por ellos, y con todo esto mató dos o tres que habían sido caudillos, por lo cual se amotinaron todos los demás y se volvieron a *Tlaxcallan*; por donde queda probado que no fueron ellos los que ganaron a *México*, sino *don Fernando Ixtlilxochitl* con doscientos mil vasallos suyos, ayudando a los españoles» (35).

Fueran los tlaxcaltecas, fueran los tetzcocanos, lo cierto es que, parafraseando al historiador acolhua, los propios mexicanos ganaron la bella Tenochtitlan. ¿Por qué los textos aztecas no mencionan el hecho? Sencillamente, porque los orgullosos tenochcas —que sólo sufrieron una derrota militar durante la época prehispánica— no podían admitirlo. Los señores de Tenochtitlan, imbuidos de una mística guerrera que los convertía en los mantenedores del universo, se negaron a aceptar la lacerante realidad: los *macehualtin*, los siervos, se habían alzado y puesto fin a un gobierno arbitrario y tiránico. Las medidas opresivas, que durante los cien años de esplendor del Pueblo del sol habían ido *in crescendo*, fueron, sin el menor género de dudas, la razón básica de la ruina de Tenochtitlan.

De ahí que los documentos tenochcas, obra de la nobleza, pasen por alto algo tan importante como la explicación del desbarato de 1521.

Sin embargo, la explicación azteca de la conquista existe y se puede reconstruir en sus líneas generales, si bien los historiadores nobiliarios la ignoraron por sistema.

#### *El caballero del corcel blanco y la resplandeciente tecuhcihuata*

En mi opinión, las capas populares de Tenochtitlan atribuyeron el fracaso militar a la ayuda que el apóstol Santiago y la Virgen María prestaron a los hombres del pendón carmesí.

(35) *Códice Ramírez*, op. cit. (3), p. 203.

Dejando a un lado la batalla de Centla (Tabasco), única ocasión en que el Patrón de España fue visto físicamente por los hombres de Cortés (36), las historias y relaciones señalan cuatro intervenciones milagrosas. Todas ellas se dieron en momentos decisivos.

Cronológicamente, la primera actuación de la Providencia se sitúa durante la estancia de los hispanos en la gran metrópoli azteca. Según se desprende de los anales virreinales, Motecuhzoma ordenó a Cuauhpopoca, señor de Nauhtlan, que atacara la Villa Rica de Veracruz, mientras él entretenía a Cortés. El plan, que refleja el doble y astuto juego del *tlatoani* mexicano, era perfecto desde el punto de vista estratégico, ya que al ocupar el enclave castellano, el capitán extremeño quedaba imposibilitado para recibir refuerzos, y, además, su situación no podía ser más desventajosa.

Sin embargo, el enfrentamiento se saldó en favor de los forasteros, que derrotaron al señor de Nauhtlan, cuyos contingentes ascendían a 4.000 hombres. Ciertamente es que Juan de Escalante, alcaide de la plaza, alistó bajo su bandera a 2.000 totonacas. Evidentemente, fueron los habitantes del litoral quienes decidieron la batalla, aunque el cronista Cervantes de Salazar afirmara que hicieron poco servicio «por no ser soldados o por la costumbre que tenían de temer a los mexicanos» (37).

Opinión que debían compartir los mexicas, pues justificaron la derrota con argumentos sobrenaturales:

«Y preguntó el Montezuma a sus capitanes que siendo ellos muchos millares de guerreros, que cómo no vencieron a tan pocos teules. Y respondieron que no aprovechaban nada sus varas y flechas ni buen pelear, que no los pudieron hacer retraer, porque una gran tequecihuata de Castilla venía delante dellos, y que aquella señora ponía a los mejicanos temor y decía palabras a sus teules que les esforzaban. Y el Montezuma creyó que aquella gran señora era Santa María /.../» (38).

(36) A. de Tapia, *Relación hecha por el señor ———, sobre la conquista de México*, pp. 554-594, en J. García Icazbalceta: *Colección de documentos para la historia de México*, J. M. Andrade, México, 1858-1866, t. II, pp. 559-560, y Bernardino Vázquez de Tapia, *Relación de méritos del conquistador ———*, U.N.A.M., México, 1972, p. 29, confirman el milagro. Lo niegan F. de Aguilar, *op. cit.* (7), p. 67 y B. Díaz del Castillo, *op. cit.* (6), pp. 78-79.

(37) Cervantes de Salazar, *op. cit.* (7), t. I, p. 212.

(38) Díaz del Castillo, *op. cit.* (6), pp. 200-201. C. Cervantes de Salazar, *op. cit.* (7), *loc. cit.*; A. de Betancourt, *Teatro mexicano. Descripción breve de los sucesos ejem-*

La segunda intervención de los *teteo* de *Castillan* tuvo lugar durante la rebelión de México. Como de todos es sabido, la imprevista e inoportuna llegada de Pánfilo de Narváez obligó al futuro vencedor de Tenochtitlan a abandonar apresuradamente la Venecia americana, dejando una pequeña guarnición al mando de Pedro de Alvarado.

Guiado por la codicia o, más probablemente, el temor, Alvarado irrumpió en el Templo Mayor de México, donde la nobleza mexicana celebraba la fiesta del *Toxcatl*, y llevó a cabo una espantosa matanza. La población, indignada, se levantó en armas contra los advenedizos extranjeros.

Los ciento treinta españoles (39) y sus aliados tlaxcaltecas —que no pasarían de dos mil— se refugiaron en el *tecpan* de Axayacatl, un antiguo palacio que les servía de cuartel, e iniciaron una desesperada defensa.

Nueva situación crítica y nuevo milagro. Bernardino Vázquez de Tapia, uno de los soldados de Alvarado, recoge la aparición divina con las siguientes palabras:

«Y un día, dándonos un combate muy recio y que nos tenía puestos en gran peligro, porque nos entraban por muchas partes y nos habían quemado las puertas del fuerte a donde estábamos, y estando todos cansados y heridos, que no les faltaba sino entrar y cortarnos las cabezas a todos, pusieron fuego a la puerta; y súbitamente se apartaron y nos dejaron sin pelear más, lo cual fue gran descanso para nosotros, porque ya no hacíamos caso de las vidas e hicimos cuenta de que nos las daban. Y preguntando después a los indios principales que eran Capitanes, cómo nos habían dejado, tiniéndonos /*sic*/ en tanto aprieto y peligro, dijeron que, en aquella sazón, que nos entraban y tenían en tanto trabajo, vieron una mujer de Castilla, muy linda y que resplandecía como el sol, y que les echaba puñados de tierra en los ojos y, como vieron cosa tan extraña, se apartaron y huyeron y se fueron y nos dejaron» (40).

---

*plares, históricos y religiosos del Nuevo Mundo de las Indias*, ed. Porrúa, México, 1982, p. 131.

(39) Vázquez de Tapia, *op. cit.* (36), p. 41.

(40) Vázquez de Tapia, *op. cit.* pp. 41-42.

Lógicamente, la colaboración divina no podía faltar en el tercer tropiezo de la hueste castellana. En la noche del 30 de junio de 1520, la empresa cortesiana estuvo al borde del fracaso, pues la retirada de Tenochtitlan, que se inició de manera feliz, se convirtió en una pesadilla de sangre y muerte. Milagroso fue, en efecto, que un pequeño ejército desmoralizado y derrotado lograra escapar de una ciudad lacustre densamente poblada. Y así lo entendieron los guerreros mexicas, que atribuyeron el parcial fracaso a la acción combinada de Santiago y de la Virgen (41).

La última aparición tuvo lugar en los campos de Otompan, donde los exhaustos castellanos —cuyo número no superaba el medio millar (42)— destrozaron a un poderoso ejército azteca.

Los soldados que escribieron sus memorias concuerdan en señalar el decisivo papel desempeñado por Cortés en la batalla:

«Cuantos españoles vieron pelear ese día a Hernán Cortés afirman que nunca hombre alguno peleó como él, ni acaudilló así a los suyos, y que él sólo por su persona los libró a todos» (43).

El marqués del Valle, efectivamente, torció el curso de la batalla al dar muerte al alférez azteca, ya que los ejércitos tenochcas, siguiendo su costumbre, se desbandaron al ver caer a su principal oficial:

«Cuando se vió Cortés ya en lo último de o la desesperación, como quien pretendía morir con algún consuelo, apretó las piernas al caballo, llamando a Dios y a San Pedro su abogado y como un león rabioso peleando, rompió por todos los enemigos hasta llegar al estandarte real de México que le tenía Zihuatcaltzin, capitán general de aquel ejército, que llaman matlaxopili, que era de una red de oro y dándole de lanzadas quedó muerto a sus pies y le quitó el estandarte, con cuya hazaña todos desmayaron y comenzaron a

(41) F. López de Gómara, *Hispania Victrix. Primera y segunda parte de la Historia general de las Indias, con todo el descubrimiento y cosas notables que han acontecido desde que se ganaron hasta el año de 1551*, ed. Orbis, Madrid, 1985 t. II, pp. 153-154; Cervantes de Salazar, *op. cit.* (7), t. II, p. 44; D. L. Motezuma, *Corona mexicana o historia de los nueve motezumas*, biblioteca Hispania, Madrid, 1914, p. 481; Vetancurt, *op. cit.* (38), p. 143.

(42) El número de supervivientes oscila entre los 459 de Bernal Díaz, *op. cit.* (6), p. 279, y los 425 de Bernardino Vázquez, *op. cit.* (36), p. 44.

(43) López de Gómara, *op. cit.* (40), t. II, p. 164.

huir y los nuestros cobraron nuevo ánimo y mataron infinitos de ellos. Fue caso milagroso, porque además de ir muy mal herido el capitán Cortés en la cabeza y con un callo de ella menos, todos los más y los amigos estaban afligidos, heridos, muertos de hambre y maltratados, en medio de doscientos mil hombres que como tigres rabiosos los iban despedazando» (44).

No pensaron lo mismo los guerreros de Tenochtitlan, que, sorprendidos ante tan increíble derrota, recurrieron de nuevo a la explicación sobrenatural:

«En este lugar vieron los naturales visiblemente pelear uno de un caballo blanco, no le habiendo en la compañía, el cual les hacía tanta ofensa, que no podían en ninguna manera defenderse dél ni aguardalle» (45).

Frente a esta avalancha de testimonios castellanos, tlaxcaltecas y tetzcocanos, los textos aztecas no hacen ninguna mención a las providenciales intervenciones divinas. Hay, sin embargo, un dato en ellos que corrobora de manera indirecta lo expuesto.

Cuando Motecuhzoma envió a sus hechiceros contra Cortés, éstos tropezaron con un joven, loco de rabia y furor, quien les profetizó el fin del imperio, pues Motecuhzoma lo había regido «como tirano y traidor». Después de mostrar a los nigromantes el fin de la orgullosa Tenochtitlan, el mancebo desapareció. El misterioso hombre era Tezcatlipoca, el dios de la providencia:

«Partieron los hechiceros muy confiados /.../ y subiendo por una cuesta arriba aparecióseles *Tezcatlipuca*, uno de los principales dioses, que venía del real de los españoles en hábito de un hombre de los de aquella provincia de Chalco donde fué este aparecimiento: venía como fuera de sí, como hombre embriagado, no de vino sino de furor y rabia que consigo traía, y como hubo llegado junto al escuadrón de nigrománticos y hechiceros que iban, paróse, comenzó a reñirles a grandes voces /.../ díjoles con gran enojo: «¿para qué volvéis vosotros de nuevo acá? ¿Qué es lo que *Moteczuma* pretende hacer contra los españoles por vuestro medio? Tarde ha vuelto sobre sí, que ya está determina-

(44) Alva Ixtlilxochitl, *op. cit.* (25), p. 265.

(45) Muñoz Camargo, *op. cit.* (25), p. 228. Cf. Alva Ixtlilxochitl, *op. cit.* (25), p. 265; Solís, *op. cit.* (29), p. 312; Vetancurt, *op. cit.* (38), p. 144.

do de quitar su reino, su honra y cuanto tiene, por las grandes tiranías y que ha cometido contra sus vasallos. No ha regido como señor, sino como tirano y traidor» (46).

### *Reflexión final*

De lo expuesto se desprende una conclusión lógica: los habitantes de México-Tenochtitlan justificaron sus derrotas recurriendo a elementos extraterrenos. Gracias a la ayuda de la *tecuahcihuata* («joven señora») y del caballero del corcel blanco, los extranjeros lograron imponerse en enfrentamientos que, teóricamente, estaban ganados por los tenochcas.

Recurriendo a esta coartada ideológica, el pueblo llano de México salvó su honor militar. No creo que se elaborara racionalmente, sino que se construyó a medida que se sucedían los acontecimientos. Sea como sea, la discusión está abierta.

## II. LA VERSION DE LOS VENCIDOS: LA EVANGELIZACION

### *Algunas observaciones sobre la evangelización de la Nueva España*

La conquista militar no fue el único trauma que los barbudos españoles provocaron en el alma indiana. A la derrota militar hubo que añadir otras muchas que, si bien adoptaron un carácter más o menos pacífico, resultaron más lacerantes y dolorosas a la larga. Sin duda alguna, la más importante de ellas fue la extirpación de la religión nativa. La lucha entre sacerdotes paganos y cristianos alcanzó cotas tan dramáticas que, sin duda, podemos calificarla, siguiendo a Robert Ricard (47), de «conquista espiritual».

Reconstruir la visión indígena de la evangelización es una tarea compleja y delicada, puesto que las crónicas de los vencidos guardan un obstinado silencio sobre el tema. De hecho, sólo existe un documento donde los *teopixque* o sacerdotes aztecas hablan con entera libertad. Se trata de los *Coloquios* o *Libro de los doce*, una obra bilingüe que recoge los debates que enfrentaron a los eclesiásticos mexicanos y a los misioneros de la orden de San Francisco (48).

(46) *Códice Ramírez, op. cit.* (3) p. 111. Cf. *Sahagún, op. cit.* (11), pp. 733-734 y 771-772.

(47) Cf. R. Ricard, *op. cit.* (1).

(48) Cf. M. León-Portilla, *op. cit.* (8).

Más información proporcionan los procesos inquisitoriales llevados a cabo contra los mexicanos idólatras. Uno de ellos —el de don Carlos Ometochtzin Chichimecatecuhtli— alcanzó una gran resonancia en el virreinato, tanto por el rango del encausado —don Carlos formaba parte de la casa real tetzcocana—, como por las personalidades hispanas que participaron en el proceso.

Por supuesto, datos dispersos se encuentran en las historias y relaciones indo-mestizas e hispanas de los siglos XVI y XVII.

Valiéndose de estas fuentes, el ya citado Miguel León-Portilla ha elaborado un ensayo inimitable, que, afortunadamente, no ha tenido epígonos.

Sus conclusiones, basadas en un minucioso análisis de los documentos, merecen consignarse aquí, puesto que mis observaciones sobre la conquista espiritual del México azteca siguen el camino marcado por el investigador mexicano. Dice así:

«Los testimonios indígenas que aquí hemos presentado son ya una muestra de algunos puntos de vista abiertamente hostiles a la aceptación de la nueva fe. Hemos encontrado expresiones de sorpresa y disgusto frente a la idea de abandonar aquello que se considera raíz de la propia cultura. Actitud muy frecuente fue también acoger sólo de manera externa las creencias y prácticas cristianas. Hubo también formas de argumentación en las que se parangonó la doctrina de los antepasados con las prédicas incomprensibles de los frailes, tenidas a veces como dignas de burla. Se recordaron las palabras de los sabios y surgieron la advertencia y la amenaza /.../» (49).

Poco se puede añadir, salvo, quizá, exponer las sugerencias que afloran al leer el magnífico ensayo. A mi entender, dos son los aspectos que caracterizan la evangelización del *Anahuac*. De un lado, la violencia de que hicieron gala las partes; del otro, la desigual respuesta de los mexicanos, que dependió, básicamente, de su status social. En las líneas siguientes me centraré en el primero de los puntos, ya que un análisis detallado del segundo exigiría un espacio superior al que dispongo.

---

(49) León-Portilla, *op. cit.* (1), p. 90 /La conquista espiritual.../

*De Cortés a Acxotecatl*

Las crónicas proporcionan numerosos datos sobre la agresividad de cristianos y paganos. Antes de seguir adelante, conviene señalar que la crueldad mostrada por los partidarios de la antigua religión fue impulsada por el vehemente proselitismo de los cristianos. Conste que en mis palabras no debe buscarse ninguna postura antihispánica. Me limito a consignar un hecho puesto de manifiesto por los estudiosos de las religiones comparadas. A saber, que los credos monoteistas se caracterizan por su espíritu proselitista, elemento que no se encuentra en los sistemas politeistas como el azteca.

Si se examinan las crónicas de la conquista, el estudioso observa que el fervor evangelizador del futuro marqués del Valle contrasta vivamente con las frías respuestas que los habitantes del México central, aliados o adversarios, daban a sus encendidas prédicas.

Un ejemplo significativo de lo expuesto nos lo ofrece Ixtlixochitl, el aliado tetzcocono de Cortés, quien, tras convertirse a la religión de los españoles, no dudó en emplear la coacción para convertir a su madre:

«La reina *Tlacoxhuatzin* como era mexicana y algo endu-  
recida en su idolatría, no se quería bautizar y se había ido  
a un templo de la ciudad con algunos señores. *Ixtlixóchitl*  
fue allá y le rogó que se bautizase, ella le riñó y trató muy  
mal de palabras diciéndole que no se quería bautizar, y que  
era un loco, pues tan presto negaba a sus dioses y la ley de  
sus pasados. *Ixtlixóchitl* viendo la determinación de su  
madre se enojó mucho y la amenazó que la quemaría viva  
si no se quería bautizar /.../» (50).

Según otro autor, el impetuoso Ixtlixochitl puso en práctica sus amenazas, pues incendió los aposentos de la señora mexicana (51).

La respuesta de los mexicanos al expansionismo cristiano no se hizo esperar. Así, no resulta extraño que, durante los diez primeros años de la colonia, los crímenes por motivos religiosos fueran muy frecuentes.

(50) Alva Ixtlixochitl, *op. cit.* (29), t. I, p. 458.

(51) *Códice Ramírez*, *op. cit.* (3), p. 88.

Muñoz Camargo, el cronista de Tlaxcalla rememora con las siguientes palabras un suceso del que fue protagonista directo:

«En la ciudad de México, catorce años después de conquistada la tierra y pacificada por Cortés, yendo yo con otros muchachos, hijos de españoles, por los barrios de los naturales, nos corrieron unos indios embijados; de seis o siete que íbamos nos cogieron un compañero y se lo llevaron, que nunca más pudo saberse de él» (52).

Por lo general, se escogían las víctimas entre los niños y jóvenes, pues los misioneros los empleaban como auxiliares en la represión de las prácticas religiosas prehispánicas. El caso más sonado, dramático y triste fue el del niño Cristóbal, martirizado por su padre Acxotecatl, un noble tlaxcalteca que se distinguió durante las campañas cortesianas (53).

Naturalmente, lo expuesto sólo es una reflexión previa que necesita profundizarse. Creo, sin embargo, que, lo hasta ahora expuesto, ofrece un punto de partida para una discusión en profundidad sobre la violencia en la evangelización de la Nueva España (54).

---

(52) Muñoz Camargo, *op. cit.* (25), p. 249.

(53) Para ampliar información sobre el martirio del niño Cristóbal, *vid.* T. de Benavente, *Memoriales*, U.N.A.M., México, 1971, pp. 485-503.

(54) Dentro de este término cabría incluir aspectos propagandísticos, como el anuncio del fin del mundo, etc.